

I (Héctor)

Un llanto. Un grito ahogado en el cojín de la cama que te han asignado. Te das cuenta de la evidencia: ella no está. Héctor, estás solo, completamente abandonado. Tú has tenido la culpa. No, no hace falta que llores. Deja pasar el tiempo y escucha el murmullo del viento a través de las rejas de la ventana. Un marco de aluminio que encierra tus esperanzas, que te impide volver a la vida anterior. De nuevo, silencio. El viento ha cesado, y con él tu llanto. No oyes nada. No hay elemento sonoro que perturbe la tranquilidad del lugar. Un aspecto misterioso que se ve potenciado por la niebla, que ha impedido que vieras el sol durante todo el día. Un hecho extraño para la ciudad en la que nos encontramos, donde el cielo siempre está despejado. La cárcel de Fontcalent, donde estamos en este momento, está justo en el centro de un espacio árido por donde las nubes pasan con mucha celeridad. Es una zona de vientos donde nunca llueve y, cuando lo hace, las ramblas llenan de barro los caminos y las carreteras. En el edifi-

cio donde estás hace mucho calor en un día como hoy: sopla el viento de levante y un inmenso manto de neblina ha impregnado de humedad el aire de tu celda. Los densos nubarrones que ha traído el aire del este vuelan bajo; por este motivo no puedes vislumbrar, a través de la pequeña ventana, la silueta de la sierra que da nombre al penitenciario. Desde el primer día que entraste en la prisión preventiva, hace ahora tres meses, te ha gustado observar cada día la silueta de la cima. Sentirte espectador del exterior, desde el estrecho marco que renueva el aire que respiras. No sabes si es a causa del mal tiempo, pero la verdad es que hoy no te encuentras bien. Has pedido no salir al patio esta mañana y quedarte encerrado a cal y canto. Te gusta el sol: es la única compañía que has tenido durante los meses de aislamiento. Su ausencia te ha provocado el dolor de cabeza, también el recuerdo de tu mujer. El dolor no lo provoca estar encerrado, en absoluto; ha sido la decisión de apartarte del mundo. Sin María, no tiene ningún sentido luchar por ser libre. Ciertamente es que podrías haber pagado la fianza; de hecho, tienes unos ahorros que te permitirían continuar fuera mientras estuvieras pendiente de juicio. Pero no quieres hacerlo, lo tienes decidido: te quedarás aquí el resto de tu puta vida. Ahora que ella está muerta, lo tienes claro. Quieres pasarte el día en la cama y no hacer nada más. Con todo, no puedes ni imaginar que esta tarde una visitante desconocida e inesperada perturbará la paz que ahora sientes. Dejemos pasar unas horas, el tiempo justo para que todo empiece. Saborea la fuerza del silencio, la auténtica.

Son las seis de la tarde. Es la hora de las visitas en el centro penitenciario. Hay una pequeña habitación, con una mesa en medio y dos sillas; entras por la puerta y te encuentras a una joven sentada delante del asiento que queda vacío. Aquella silla es para ti, Héctor, sin duda alguna. No sabes los motivos reales de la visita que ha echado a perder la deseada soledad. A la hora de comer, te han avisado: una nueva asesora de la gestoría en la que trabajabas quiere hablar contigo. ¿Será tu sustituta? No, no tienes ganas. No quieres volver a ver a nadie de aquel maldito despacho donde has estado recluido durante tantos años sin ver el sol. A pesar de la sorpresa del anuncio, has aceptado la visita. No sabes demasiado bien por qué lo has hecho. Pero, ¿quién es esta mujer que te espera? Una persona, en definitiva, que quiere hablar contigo. Querrá información sobre algún asunto que llevabas entre manos hasta el último momento. ¿No buscará conocer los secretos de tu pasado? Ya tuviste suficiente con el interrogatorio de la policía. No, esta chica no parece detective. Has aceptado porque hacía tiempo que no charlabas con alguien de la calle. Desde que entraste, nadie ha venido ni para verte ni para saber cómo te encuentras. Tampoco tu hija, Sandra. Te sientes solo y decepcionado, como un ermitaño en medio de la sierra, fugitivo de tu pasado, de tu presente. Finalmente, te sientas mientras escuchas la dulce voz de la visitante:

—El señor Héctor Soler, supongo.

—Yo mismo.

Una breve respuesta frente a la incertidumbre de la identidad de aquella morena de pelo largo

que ha venido a buscarte. Sólo sabes que se ha identificado a los vigilantes de la cárcel como asesora y compañera de trabajo tuya, pero no la conoces.

—Soy Laura Ferrer.

—Mucho gusto, señorita Ferrer. No tengo el placer de conocerla, pero me han dicho que está cubriendo mi baja... digamos voluntaria. No han tardado demasiado tiempo en enterrarme. Al menos, usted quedará mejor que yo en aquel oscuro despacho. Ferrer.

Laura Ferrer. Un nombre que te inspira confianza, que te llena de recuerdos de mujeres bonitas. Como tu mujer, pobre María, cuando la conociste era tan bella como la chica que ahora tienes delante. No, Héctor, esta no es María, es Laura Ferrer, y hace tu trabajo, el que tú no volverás a tener, porque no quieren saber nada de ti. Ponte a la defensiva, ella ha venido a sacarte información, como todos los que te han hablado desde la muerte de tu esposa. No puedes olvidarla; dentro de la cárcel, tras su desaparición, has querido dejar de pensar en ella, borrar el tiempo pasado. No lo has conseguido todavía: la imagen de la joven visitante te ha recordado su cara. Un hilo de esperanza ha iluminado tu mente. A pesar de tus primeras palabras, no acabas de esclarecer quién es esa mujercita que viste con elegancia, que se sienta en la silla de enfrente y que deja abatir sus brazos sobre la mesa que ambos compartís. Parece que quiera estar cerca de ti, tocarte. Un deseo voluntario de contigüidad, de confianza, con una mujer que es la primera visita que recibes en aquel odioso espacio. ¡Una persona que se ha interesado por ti! Una extraña compañía, por cierto.

—Muchas gracias por su amabilidad. Tiene toda la razón, pero no esté distante conmigo. No nos conocemos, es cierto, pero usted...

—Puedes hablarme de tú. De hecho, te lo pido, por favor... Me han dicho que eres asesora de la gestoría. Supongo que haces mi trabajo.

—Sí, bueno...digamos que soy asesora. Pero no tengo tus atribuciones.

—Entonces ¿qué necesitas de mí? ¿Te envía el dichoso Pedro? ¿O Félix? ¿No encuentra algún documento? ¡Se lo dejé todo preparado cuando me echaron a la calle!

—Ya lo sé, señor Soler... bueno, Héctor... He podido entrar aquí gracias a él, Félix Asensi, y a su socio, el señor Pedro Carratalá. Bien, te seré clara y directa. He usado el pretexto de tu antiguo trabajo para entrar... No te extrañes, por favor. No digas nada, si te quejas de mi presencia ¡me sacarán de aquí! Vengo a visitarte como parte de mi trabajo. Me pagan para que te dé un poco de conversación. Ya sé que es difícil de entender, pero es mi profesión. Soy una visitadora de personas, digamos, solitarias... He tenido que poner la excusa de que soy tu sustituta, pero no es verdad. Vengo sólo para hacerte compañía.

—No acabo de entenderlo. ¿Has mentido para acercarte a mí? ¿Eres psicóloga y quieres estudiar-me como a un animal extraño?

—No, Héctor, no. Es más sencillo que eso. Alguien que se preocupa por ti quiere que no estés tan solo. Me han pedido que te dé conversación, al menos una vez a la semana. No es bueno estar sin contacto con el mundo exterior. Desde que has entrado en la cárcel, no ha venido nadie a saludarte.

—Eres demasiado joven para haber visto *De-sayuno con Diamantes*, si no diría que te pareces a Audrey Hepburn cuando visita a aquel mafioso en la cárcel por dinero...

—No, pero me he leído la novela original de Truman Capote sobre la que rodaron la película. No es tan raro que alguien visite a un preso...

—Tú y yo no tenemos nada en común. ¿Por qué has mentido para entrar?

—Temía que no aceptaras mi visita. Si te hubieran dicho que era una desconocida, podías haberme rechazado y no habría tenido la oportunidad de conocerte. Ya me avisaron de que tenías un carácter un poco difícil.

—Ya veo que Pedro y Félix siguen hablando bien de mí...

—Si estoy aquí es gracias a ellos. Félix no puso ningún problema para hacerme una carta de recomendación de la gestoría para que pidiera esta visita.

—¿Son ellos los que te envían?

—No exactamente.

—¿Mi familia? ¿Sandra, mi hija?

—No importa quién me envíe. Sólo quiero que aceptes mi presencia un día a la semana. Es lo que me han pedido y por lo que me pagan, ni más ni menos... una horita. Podemos pasarlo bien, si quieres. Hablaremos y hablaremos. Romperé tu soledad. Acepta el juego, no tienes nada que perder, sólo tu silencio. Será agradable... tengo mucha conversación, ¡ya verás!

Un silencio entre los dos, ninguno habla. Te da miedo perder tu intimidad, tu silencio interior. En los dos meses que has convivido con otros presos, has hecho pocas amistades. Sólo Estanis, tu compañero

de celda. Nunca has sido un hombre demasiado hablador, es verdad, pero desde que entraste, no tienes ganas de iniciar conversaciones. Pasas las mañanas en el patio, con los cigarros que te dejan fumar. Estanis se queja del olor y tu tos va en aumento. Te ahogas todas las mañanas cuando te despiertas y los reproches del compañero te sacan de quicio. Nunca te ha gustado que te acusen de nada y menos de tonterías, como fumar en exceso. Por eso, has soportado mejor de lo que pensabas que te acusaran de asesinar a tu mujer; eso sí que es un motivo de peso para que alguien te recrimine. Estanis empieza a conocerte y, en cuanto le lanzas una mirada de desconfianza, cierra la boca. Puede ser que tenga un poco de miedo. Eres un asesino, al menos eso se comenta por el patio de la cárcel; un espacio donde, ahora que han pasado los meses de invierno, el sol ha sido tu mejor colega. Sentir su ardor en la piel te devuelve el ansia de vivir, de seguir hacia delante. Un sentimiento que pierdes cuando recuerdas a María... Esta chica quiere mantener conversaciones semanales contigo. ¡Qué cosa más rara! Como una Audrey Hepburn cualquiera que visita un cabrón como tú... Te viene a la mente una divertida escena de la película... Te dejas seducir por la oportunidad que te ha ofrecido el azar y aceptas. Sí, señor, es una joven muy bella. ¿Por qué no aceptarla? Una nueva amiga. ¿Puede que algo más? Ya no tienes edad para tener aventuras amorosas. Y menos aún con una joven que puede tener unos años más que Sandra, tu hijita.

—Perdona que insista: ¿quién te envía? Quiero decir, ¿quién te paga por venir? Es evidente que no lo haces gratis...

—Claro que no, ya te lo he dicho. Pero no te creas que me importa hacerlo. Me parece que ambos podemos ser grandes amigos. Algo me han contado de lo que te ha pasado.

—¿Qué te han comentado? Todo son mentiras. Lo sé, todo el mundo me detesta. La familia de mi mujer nunca me ha querido; tampoco los amigos. Pedro Carratalá y su socio, Félix Asensi, siempre me han tenido envidia. Los clientes me querían a mí, y no a ellos, ¡por muchos estudios que tuvieran!

—¡Tranquilo! No es hora de hablar de tu antiguo trabajo.

—Si no recuerdo mal ha sido el pretexto por el que has venido... ¡No me negarás que ellos no han tenido nada que ver!

—¡Basta! Ya te he dado mis motivos. ¿Quieres que venga a verte o no?

—Digamos que no me importa. ¡Cuéntame! ¿Qué te han dicho de mí?

—Cosas sin importancia... algunos cotilleos que me podrán servir para iniciar nuestra amistad.

—¡Yo no quiero ser tu... amigo!

—Será mejor que te lo pienses. Soy una buena amiga de mis amigos, como una hermana...

—¡Es obvio que te sabes vender! No puedo decir que no.

—Me han contado que te gusta jugar al ajedrez. ¿No es verdad?

—No me acuerdo. No quiero jugar con usted.

—Héctor, puedes tutearme, como me has pedido antes. Tengo una veintena de años menos que tú. ¿Quieres que pida un juego de ajedrez?

—No quiero jugar ni hacer nada contigo, Laura. No sé por qué he aceptado tu visita. Tendría que haberme imaginado que todo era una trampa

de Félix y Pedro. ¡Quieren terminar de hundirme! ¿Quieres irte ya?, ¡por favor! Me duele la cabeza. Ahora mismo voy a pedirle al vigilante que me lleve a la celda. Y, si quieres ayudarme, vete y no vuelvas. Yo diré que has venido y así te pagarán, pero déjame sólo. Si quien te paga no quiere venir, no hace falta que me envíe a nadie. Prefiero quedarme sólo, aquí tengo amigos. No quiero compensaciones hipócritas.

Quieres irte, dejar de hablar con esta mujer que no esperabas. Levantas los brazos de encima de la mesa y preparas las manos para levantarte. No has elevado el tono de voz en las últimas frases, estás contento, has sabido controlarte. Puede que sea la primera vez que no gritas. También es cierto que, desde la muerte de María, no te has enfadado con nadie, tampoco con Estanis cuando cada mañana se queja de tu tos. Cuando el comisario te acusó de la muerte de María, tampoco te irritaste; lo aceptaste sin más. Para los investigadores la realidad era evidente: tú la habías lanzado por el balcón. No lo negaste, lo asumiste y no sabes el motivo de tu comportamiento. Tal vez ya sabías que, con la desaparición de María, la vida se te acababa, dejaba de tener sentido. Ya no te quedaba tiempo para nada más, sólo había que esperar a que te apartaran del día a día. Te informaron de que entrarías en prisión preventiva, de que quedarías pendiente de un juicio que podía tardar mucho tiempo, pero preferías estar recluido para siempre en esta madriguera rodeada de tierra árida.

Mientras te levantas y tienes la intención de abandonar la sala de visitas, te das cuenta de que aún no ha salido el sol... ¿A quién se le ocurrió construir la cárcel en un sitio tan árido? Por lo me-

nos cuando hace sol tiene un poco de vida... Has aceptado la visita de una desconocida por su ausencia. No tenías otra cosa que hacer, ni siquiera te había apetecido salir al patio. Si el día hubiera sido soleado, no habrías aceptado la visita, está claro. Puede que hubieras paseado por fuera. Laura reacciona enseguida y te coge las manos con fuerza, mientras busca de manera decidida tu mirada.

—No se levante... No te levantes, Héctor. Aún no he acabado mi explicación. No puedes ser grosero conmigo. Necesito venir a verte. Tengo que conservar este trabajo... Es mi manera de sobrevivir. No eres el único preso al que visito. Ya conozco vuestra extrañeza durante la primera cita... Te acostumbrarás, estoy segura, como todos. Podemos ser grandes amigos, Héctor. Sé que tenemos muchas cosas que decirnos y me gustaría que nos conociéramos, un poco más, si quieres...

Laura te ha mirado con dulzura. Hace tiempo que una persona, una mujer, María, no lo hacía de esa manera, con los ojos humedecidos. Cuando la conociste, también se mostró cautivadora, segura de sí misma, y tierna a la vez. La visitante es bella; bajo una piel morena se insinúa una mujer que es consciente de sus encantos. Tiene los ojos negros; el pelo largo y liso. Te sientes atraído por una chica que tiene un aire de elegancia que tiene que volver locos a los machos. Héctor, tú eres un hombre y es normal sentir esta atracción, aunque sea mucho más joven. Observas la forma curva de sus pechos, te gustaría tocarlos. Estáis los dos solos en este espacio reducido. Podrías hacerlo, pero estáis vigilados, lo sabes. No es normal que un preso toque los pechos a una desconocida. Tampoco tienes claro

cómo reaccionaría ella. Por un instante imaginas que puede que en una futura ocasión, en otra visita, si no hubiera otros compañeros en la sala... Un *vis a vis*, solos los dos... No podrías hacerlo, no puedes. Recuerdas la juventud de tu hija, la misma que la de Laura... No sabes por qué, pero obedeces. En lugar de levantarte e irte, haces caso y te quedas sentado. Laura te coge la mano. Te pide que te quedes un poco más, hasta que sea la hora en punto, cuando no tendrá más remedio que irse hasta la semana próxima. El contacto con su dulce piel, como la de una niña, te ha traído recuerdos de la infancia. La primera vez que cogiste las manos de una mujercita eran las de la hija de la vecina, la señora Chelo. No recuerdas el nombre de la niña, pero todavía sientes la tibieza de aquellas manos cuando la acompañabas al colegio. La madre, que era muy amiga de la tuya, te había pedido que la ayudaras a cruzar las calles. Chelo limpiaba en la consulta de un dentista desde temprano y no podía hacerlo. Con el roce de Laura, retomas la sensación de aquella presión de la pequeña que te cogía la mano con fuerza antes de pasar al otro lado de la avenida. Sin su madre, tenía miedo. Aquella niña no tenía vello en sus manos; era tierna, suave, olía a jazmín, como toda su familia, que siempre iban perfumados. ¡Qué distinta era la vida en tu casa! Tu padre siempre llegaba bebido después del trabajo en la cementera. Cuando terminaba de comer, se dormía un buen puñado de horas en el sofá sin que nadie osara despertarlo. Todo lo que él tocaba hedía, el aliento que desprendía se olía por toda la casa. Mamá se acostumbró: comentaba orgullosa a la vecina que su marido, tu padre, aunque bebiera, nunca le había pegado. La respetaba, aunque el

aliento, como también la ropa, estaba impregnado de bebida amarga. Un olor agrio de hiel mezclado con el aroma del alcohol barato que se tomaba todos los días. Todo el mundo en casa estaba acostumbrado; tú, Héctor, nunca lo hiciste. En silencio, detestabas a tu padre. No entendías por qué volvió de la guerra, después de unos meses, tras haberlo dado por muerto. Le habían dejado salir del campo de concentración, le había ayudado uno de los oficiales, un pariente de la familia que había desertado del bando republicano. Si no hubiera vuelto, no habrías sido concebido. Habrías nacido en otra familia: tu vida sería muy distinta. No habrías conocido a María y ahora no estarías en la cárcel, habrías estudiado y habrías viajado por el mundo. Por culpa de tu padre, que volvió después de la guerra, naciste en aquella maldita familia y toda tu vida había sido una mierda. Ahora te encuentras preso, te tienes que resignar, es tu destino, como el de tu detestable progenitor... Un padre asqueroso que hedía a alcohol, mientras que tu vecinita parecía un jazmín, y eso era por lo que te gustaba cogerle la mano para cruzar la calle... Parecía que Laura también usaba un perfume de flores, un delicado olor que te trae recuerdos del pasado, muy lejanos. Por primera vez, desde que estás en el centro penitenciario, te sientes a gusto. Te muestras, entonces, un poco más relajado.

—Quiero que tengas ilusión por que llegue nuestra cita. Porque quieres que vuelva, ¿no es así? No hay nadie que te busque desde el mundo exterior, ¡recuerda! Sólo yo. Llevaré un vestido rojo... Por ti. Sé que te gustan las mujeres vestidas de este color, como también sé que juegas al ajedrez... Antes me has mentado. Algunos domingos por la tarde

ibas a echarle una partida con los amigos de forma que tu mujer y tu hija ya estaban acostumbradas a no contar contigo cuando iban al cine o visitaban a tus suegros.

—¡Es evidente que has hablado con mi hija! ¿Pero cómo sabes eso de los vestidos rojos de María? Sandra... ¡No puede ser!

—Ya te he dicho que conozco muy bien tus aficiones, tus gustos. Quien me paga me ha dado pistas para que nos conozcamos más deprisa. Hacía falta que tuviéramos temas de conversación. Sé lo que decías, cómo ibas a jugar al ajedrez... Puede que no todo sea verdad, ¡pero me da lo mismo si les mentías! Tenemos que ser buenos amigos para pasar algunas tardes juntos, deliciosas, agradables. Será mejor que dejemos de tener secretos entre nosotros, ¿no crees?

—Yo no sé nada de ti, Laura. Sólo tu nombre y tu apellido.

—Ya lo irás sabiendo, Héctor. De momento, ya sabes que tengo veinticinco años. También conoces mi cara, mi pelo negro. Te atrae mi mirada, es cierto, me he dado cuenta de cómo vigilas cada movimiento de mis pupilas.

—Usted... tú, ¿qué sabes de mí? ¿Eres una puta? Sí, eso es, alguien quiere reírse de mí y me ha enviado una mala mujer. No te llamas Laura, seguro que tienes otro nombre. Este lo usas sólo para el trabajo... Para follarte a los tíos, pero a mí no me tendrás. Os conozco demasiado bien. Sois todas iguales; ¡por dinero hacéis cualquier cosa!

Muy bien, Héctor, has aprendido. Con el paso del tiempo, has conseguido hablar sin pelearte ni subir el tono de voz. Mientras pronuncias las palabras, eres consciente del cambio realizado. A pesar

del malestar que sientes ante la situación planteada, continúas sentado y observando a la vez cómo Laura se levanta de una manera muy pausada.

—Creo que aún no lo has entendido. Todo será cuestión de tiempo. Puede que yo no sea la Laura que ahora ves, pero puedo confirmarte que no me dedico a calentar braguetas. Sé que todos lo pensáis, el primer día. Os sorprende que alguien pueda ser amable con vosotros. Aquí dentro sólo encontraréis soledad y yo os la quito durante el tiempo justo de nuestra visita. Adiós, Héctor, hasta el miércoles. Que tengas una buena semana.

—¿Por qué vas a venir el miércoles y no otro día?

Laura no te oye, o al menos ha hecho como si no te escuchara. Has pronunciado las últimas palabras con gran sigilo, mientras bajabas la cabeza, en un intento inconsciente de esconderte, de desaparecer de aquella sala. Tienes un poco de miedo, esta conversación ha actualizado recuerdos que querías destruir. Sientes la fuerza del silencio de una sala que acaba de quedarse vacía. Cuando vuelves la cabeza, el vigilante entra en la habitación y te comunica que tienes que volver a la celda. La visita ha acabado, Héctor. Hasta el próximo miércoles, cuando tu pasado revivirá. A lo largo de la semana, podrás pensar de nuevo, un hecho que te aterra. Esperas la noche con impaciencia, para dormir, para dejar de reflexionar, para escuchar el placer del silencio.